

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EL VERDADERO DESFASE «SIEMPRE EN DEUDA CON EL EXTRANJERO»

**PARECE** que en España se está siempre a destiempo —como ahora se dice (no sé si ya a destiempo), «cronológicamente desfasado».

Por ejemplo: hubo un tiempo en que reputados filósofos europeos publicaban gruesos volúmenes sobre su especialidad, y hablaban de sistemas filosóficos. Por la misma época, los pocos filósofos de alguna consideración que en España había no parecían tener ningún sistema, y si publicaban volúmenes no solían ser muy gruesos. Era probable, además, que estuviesen compuestos de artículos periodísticos o de ensayos revisteriles.

Para justificar esta supuesta anomalía, algunos de esos filósofos invocaban punto menos que necesidades nacionales. Había que preparar al público para una dieta más sólida, y esto sólo podía hacerse administrando la filosofía con mucho excipiente. O mantenían que, en rigor, no había ninguna anomalía, ya que por debajo de los muy legibles libros que publicaban había cosas menos legibles y, por tanto, más sustanciosas, cosas que prometían un futuro filosófico más esplendoroso, con todo el aparato de partes, capítulos, secciones, notas, escolios y corolarios dignos del caso.

Kierkegaard escribió: «La época de las distinciones ha pasado; el sistema las ha vencido». Con «los grandes sistemas», la filosofía se ha convertido en una especie de apisonadora intelectual. Pero Kierkegaard tuvo su desquite, y por vías inespadas. Otro tiempo llegó en que hubiera podido escribirse: «La época de los sistemas ha pasado; las distinciones los han vencido» (o, como dijo Wittgenstein: «Os voy a mostrar diferencias»). El mundo no es un sistema, ¿por qué va a serlo la filosofía? Al dejar ésta de ser sistemática, se abstiene de ser congruentemente «voluminosa» —si bien, con la explosión demográfica, que alcanza asimismo a los filósofos, sea más copiosa que nunca—. Lejos los tiempos en que cada filósofo que se respetara tenía su sistema, su metafísica, su lógica, su ética, su estética, su teoría del conocimiento (llamada, por más señas, «gnoseología»), su filosofía de la religión, del Derecho, del Estado, de la historia, del lenguaje, etc.

Justa y precisamente, casi a la misma hora se lanzaron en España las campanas al vuelo anunciando que, por fin, empezaba a haber en el país filósofos sistemáticos, y hasta que, de hecho, los hubo antes, sólo que no se notaba, aunque no importa, porque pronto van a enderezarse estos entuertos mediante adecuadas interpretaciones y reconstrucciones...

Ahora estamos ya de vuelta de los sistemas (que, por lo demás, y por suerte, no se materializaron tanto como se podía temer), y cabe preguntarse si no nos habremos curado, por fin, de tanto «desfase». ¿Vamos de una vez por todas a dejar de ser «intempestivos»?

Lo malo es que persisten las incertidumbres.

Basta de sistemas y especulaciones, y procedamos por sus pasos contados. Bien, pero resulta que hay filósofos a quienes no se puede acusar de filosofar al itálico modo (el que nuestros casi vecinos mediterráneos cultivan con libros titulados «Mi visión (o perspectiva) filosófica», «Mi idealismo objetivista», «Mi personalismo espiritualista», etc.), y que no están tan seguros de que haya que condenar sin apelación «todo» sistema para practicar exclusivamente lo que podría llamarse «análisis local». Algunos de estos filósofos entienden la filosofía como una especie de mapa (conceptual), como una especie de proyección (comparable a la proyección Mercator), que se puede interpretar de muchas maneras —es un esquema más o menos conveniente (y variable), una representación más o menos «realista», etc.—, pero que tiene la característica de permitir establecer relaciones entre nociones, métodos, problemas en apariencia muy diversos. No se trata, por supuesto, de hacer ningún sistema a la antigua usanza, pero se trata de poner de relieve que aquello de que se habla es relativo a algún sistema. Unos afirman que puede haber sistemas alternativos, y otros lo niegan, pero un sistema no deja de serlo por llamarse de otra manera —por ejemplo, «esquema conceptual». ¿No empezaremos a estar otra vez «desfasados»?

Las dudas aumentan cuando, al «seguir» la sana política intelectual deflacionista propugnada por algunos filósofos, advertimos que éstos reprochan a sus colegas el echar por la borda la miriada de problemas que acosan a los hombres —la justicia (o injusticia) social, los enmascaramientos ideológicos, la guerra, el aborto, qué sé yo—. O cuando se plantea esta cuestión, que afecta al fondo mismo de la actividad filosófica: ¿es tan seguro que los filósofos son profesionales de la filosofía? Y si por acaso no lo fueran, ¿por qué tendrían que confinarse a discutir sobre asuntos más o menos arcanos en publicaciones más o menos clandestinas? Nadie niega (todavía) que haya que suspender la confección, y publicación, de «trabajos serios» (que sólo encuentran cabida en revistas profesionales), y sólo unos cuantos predicán la buena nueva de lo que podría llamarse «la aforística lúdica» (donde se juega con el Juego y cosas parecidas), pero ¿qué tienen de malo las revistas «culturales» y «literarias», y hasta los propios diarios? Cosa, la última, que puede llevar a algunos de «los nuestros» a replicar, sin poder ocultar (ni ganas que tienen de hacerlo) su satisfacción: «Ya lo habíamos dicho (o hecho), y eso antes que nadie. Lo malo es que no se nos hacían caso. En España no estamos retrasados, pero sólo porque estamos adelantados».

Por desgracia, el estilo «anticipacionista», en ocasiones tan loado, es bastante insatisfactorio, y muy sospechoso. Lo mismo

que se ha dicho «El que no pueda hacer física, que enseñe física», se corre el peligro de proclamar: «El que no pueda hacer algo, que se anticipe a ello». Con estas «anticipaciones», no se llega muy lejos, y a menudo no se llega a ninguna parte. En la mayor parte de los casos, además, los que hablan de anticipaciones confunden las cosas, incluyendo las obras de los autores que alaban por ser (anticipadamente) intempestivos. El campeón de los «anticipacionistas», Menéndez y Pelayo, no le hizo el menor favor a Vives al tratarlo de precursor de Kant, por la simple razón de que Vives es mucho más interesante que un precursor de Kant. Cuando se habla de que Unamuno anticipó el existencialismo (contemporáneo), se le hace el flaco favor de considerarlo como un filósofo; más interesante, e importante, es ver a Unamuno como a alguien que rehúsa ser filósofo y, por tanto, que no tiene por qué seguir, ni anticipar, tales o cuales filosofías.

Estar «desfasado» (si tal sucede) «hacia adelante» no es mejor que estarlo «hacia atrás». Pero entonces, ¿cómo evitaremos el estar «desfasados»?

Se me ocurre una solución muy simple, que se funda en una idea no menos simple: el estar «desfasado» no consiste en ir a la zaga de A, B, C, y el dejar de estar «desfasado» cuando se está permanentemente preocupado de si se está o no «desfasado». El verdadero desfase es la manía del desfase. Ortega y Gasset, a quien preocupaban mucho (y su razón tenía) estos asuntos, solía insistir en que hay que estar «a la altura de los tiempos». Esto es algo mejor que «estar a la altura de A, B, C», porque no valdría la pena de estar a la altura de los tiempos. Pero no basta: para estar realmente a la altura de los tiempos (y de A, B, C), hay que dejar de hablar (o hay que hablar menos) de si se está o no «desfasado».

Valle-Inclán comprendió muy bien (a su modo) este asunto, al confeccionar el siguiente diálogo «anticipador» en «La hija del capitán». Se trataba de lo que se podría hacer para desembarazarse de un finado, de un «fiambre».

«El Capitán. — El trámite más expedito es facturarle, a estilo de Norteamérica.

El General. — ¡Y siempre en deuda con el extranjero!»

Valle-Inclán pareció comprender asimismo muy bien que el preocuparse por si se va a estar o no en deuda con el extranjero, no tiene por qué llevar a hacer «lo nacional». En lo que toca a nuestro finado, «lo nacional es dársele a la tropa en un rancho extraordinario». No puedo imaginar lo que sería hacer «lo nacional» en filosofía, pero sospecho que no sería nada bueno.

J. FERRATER MORA

## NO LLEGA A CRISIS

# Discreteos sobre la elegancia

CONSULTEN ustedes un diccionario, cualquiera que sea y en el idioma que sea, y comprobarán lo confuso que resulta —en definitiva— el término «elegancia». Ciertamente, los pobres y los pobres autores de repertorios lexicográficos no están obligados a dar «definiciones dogmáticas» de todo lo divino y lo humano, pero nosotros, sus clientes, tendemos a esperar de ellos unas puntualizaciones fijas y resolutivas. ¿Para qué serviría, si no, un diccionario? Si, en nuestra conversación diaria y en las polémicas insignes, existe una leve posibilidad de que nos entendamos, ésta depende de una convención explícita acerca del valor de cada palabra. Hay palabras cuyo sentido nadie discute, o casi nadie: «mesa», «uña», «televisor», «semana», «acelga», «triángulo», «jamón», y unas cuantas más, no muchas, parecidas. La mayoría, en cambio, funciona a partir de una vaguedad maquinalemente obvia. No extremaré la referencia con el caso de los filósofos, gente perversa, cuyo oficio consiste precisamente desconcertar la semántica hereditaria del vecindario. «Ser» o «yo», en la pluma de tales individuos, nunca se sabe lo que pueden llegar a significar. El vocablo «elegancia» no alcanza a pertenecer a tan ilustre aristocracia verbal. Ni falta que le hace. Su entidad más bien entra en la jurisdicción de los sociólogos. Y los sociólogos, cada día más «sociométricos» —gracias a Dios, dicho sea de paso—, no están para estas bromas...

Aunque, en el fondo, aquí empieza el problema: ¿se puede «medir» la elegancia? De hecho, la ciudadanía entera suele dedicarse a ello: a calificar al prójimo según unos baremos de elegancia. Entre ellos los méritos sociales más acreditados figuran las «virtudes»: las éticas. Pero la elegancia no tiene nada que ver con la moral. «Arbíter elegantiarum» fue llamado Petronio, que forma parte de la nómina de libertinos conspicuos. Y la elegancia consiste, en principio, esta nota distintiva: es ajena a los juicios «de salvación». Sólo que que, con ello, no obtenemos demasiadas noticias acerca de lo que sea o pueda ser. ¿Qué es la elegancia, qué es lo elegante? ¿Lo distinguido? ¿Y qué será lo distinguido? ¿Lo que se distingue? En buena lógica, sí: lo que se «distingue» del resto. Y sin embargo, hay luego infinitos recursos de distinción que caen por debajo de nivel medio: lo grotesco y lo grosero, por ejem-

pio. Pero lo grotesco y lo grosero son lo que son: no precisamente elegancia. Esto es obvio. La elegancia marca su rasgo por encima de la raya ritual de lo aceptado: su rasgo y su rango. Son las actitudes convenientemente admitidas como egregias. Decimos que «es poco elegante» hacer esto o lo otro. A menudo, tales circunstancias siguen insertas en el área axiológica de la ética, o, cuando menos, en la del honor. Y el «honor» también se las trae, como noción practicable...

De lo que no cabe duda alguna es que la elegancia es un concepto que pertenece a las altas maquinaciones de la clase dominante. Para empezar, los elegantes son los ricos. Alguien se atrevió a insinuar que la elegancia residía más en el tobillo que en el zapato. ¿Se ha de desdénar el dato. Lo elegante, en última instancia, implica indicaciones plásticas: es un espectáculo. Tal vez no es más que eso: un espectáculo. Habrá tobillos rústicos, incluso proletarios, más esbeltos, más encantadores, de línea superiormente ágil, que los que pueda dar de sí la más empingorotada familia blasonada. Un zapato caro y ornamental, elegante por sí mismo, no vencerá al tobillo natural, al calcañar delicioso, que sólo calce una alpargata. Admitámoslo. Pero no es lo corriente: son excepciones que pertenecen a la poesía bucólica. Lo que importa es el zapato: lo elegante siempre es lo postizo. La «percha» cuenta: un cuerpo humano jovialmente constituido es acreedor de las mejores admiraciones, con independencia de la ropa que le cuelguen. En un campamento nudista, la elegancia —corporal: de esqueleto y músculos, y de gesto— no tendrá nada que ver con la indumentaria. En los trámites de la convivencia rutinaria, tanto o más que la «percha», lo que influye es la calidad y la índole de los vestidos. Y la buena educación, por supuesto.

Hoy asistimos a una crisis relativa, muy relativa —no llega a crisis, en realidad— de la buena educación. Los desplantes de los chicos de clase media, con la «falta de respeto» que incluyen, no son ninguna catástrofe, aunque sus papás y sus abuelitos piensen lo contrario. Se ha exagerado enormemente la llamada «revuelta juvenil». Lo que ocurre es que los muchachos actuales aspiran a ser «conservadores» de otra manera, y esto es lo que no comprenden sus «antepasados» vivientes... La elegancia só-

lo en apariencia fracasa por ahí. Y mucho menos en la actuación de la vestimenta. O en la de la pelambrea. Se ha querido denunciar una especie de horrorosa «transgresión» de los modos elegantes en las alegres displicencias de trajes, barbas y cabelleras que, desde luego, han profesado y profesan los grupos extremadamente «disidentes». Entre la formalidad de la «etiqueta» establecida —falda larga en las señoras, escotes calculados, las corbatas de los caballeros, sus camisas, sus solapas— y la presunta repulsa tipo «hippy», sucia, desastrada y miserable, no mediaba un abismo. Ni mucho menos. La moda «unisex» y otras lindezas del mismo corte lo certifican: la habilidad reside en el hecho de acercar el aire «hippy» al esmoquin, al frac, incluso al chaqué.

Una nueva elegancia, pactando con los melendados y desharrapados, afluye a los figurines de moda. Y con magnífica eficacia. Uno circula por zonas rurales, y advierte cómo los jóvenes visten «con elegancia», y muchísimo más que antaño. Las tiendas donde expenden prendas de confección se ocupan de que sea así. En las grandes ciudades, la cosa todavía es mucho más impresionante... Bien mirado, todos quieren ser «elegantes», y meto en el saco a los más díscolos y voluntariosamente negadores del «statu quo». Se echan encima del cuerpo colgajos, medallas, cintas, que, digan ellos lo que quieran, equivalen a un escapulario o a un agnudo ancestral, y entre los signos del Zodiaco y los emblemas revolucionarios y las estampas del Carmelo no existen muchas diferencias, en cuanto a la predisposición de los consumidores. Y, sobre todo, una exigencia «esteticista» lo domina todo. Hasta los disidentes se visten y calzan con secretas ínfulas de elegancia. El uniforme de la «contestación» demuestra que no hay verdaderos contestatarios. En el comportamiento del más hediondo de los «pseudoprogres» —sin afeitarse, sin lavar, con camisolas insolentes, con rosarios en el cuello o en la cintura, con pulseritas y dijes—, palpita el alma infatigable del dandy.

Y no es necesario acudir al extremo de los chavales incordiantes, ni al de los otros chavales que no incordian y que les imitan en las trazas, para comprender el fondo de la cuestión. Basta con leer a doña Simona y ver las fotos a que se presta. Admiro mucho a la Beauvoir:

es una gran escritora —cuando no se mete en divulgaciones ginecológicas, como en «El Segundo Sexo», y eso no lo discutiremos. Pero nunca he podido entender cómo su ira frente a la verdaderamente oprobiosa idea masculinista de la «mujer-objeto» pueda compaginarse con su personal propensión a la coquetería, con vestidos bastante agradables y con adornos ya irrecusablemente bobos, si es que no pretenden ser tentadores —¡a su edad!... Espero que se me entienda. No entra en mis cálculos reprochar a Simone de Beauvoir que «vista bien», y se emperifolle. Como se emperifollan los cantantes de turno, los dirigentes del residuo «gauchiste», las dulces perejitas subalternas, indispuestas con sus progenitores. Todo esto, aunque los interesados no sean capaces de imaginárselo, forma parte de una oscura maniobra biológica, que, hoy por hoy, sólo podemos titularla evasivamente «la perpetuación de la especie»... Y ahí se entromete la elegancia.

La elegancia es afrodisiaca. Que nadie lo ponga en duda: en última instancia, afrodisiaca. A veces le atribuyen la excusa de la solemnidad, o de la relación almidonada, o de la simple oposición a las intemperancias instintivas. No discuto que sea eso. Pero también es lo otro: un truco de la Madre Naturaleza. Un truco «histórico», pero verificable. Lo malo es que no se limita a ser sólo eso. La elegancia de la Beauvoir será tan discutible como se quiera, como la de la princesa Margarita de Inglaterra, o la de la señora Nixon. Esto es un asunto de modistos. Pero, si las damas en cuestión no se adornan para encandilar al respectivo «marido», y como ellas las demás, su «elegancia» se traduce en lo que últimamente viene a ser: suntuosidad. El animal humano, una vez superada la angustia de la miseria, tiende a ser suntuoso: a adornarse, a ponerse tantos perifoneos como su bolsillo permita, sean diamantes, sedas, o «hechuras» de un sastre o de un peluquero espabilados, o de un perfumista, o de... Las señoras y los caballeros se ven sumidos en la maniobra. Y sus nénes, a menudo troskos o maos: O anarcos... La elegancia es un ingrediente de la lucha de clases poco considerado. Con la avalancha actual de la publicidad se hace todavía más equívoco...

Joan FUSTER

## WIEN REBAJAS

BOLSOS DE COCODRILO

Plaza Calvo Sotelo, 3

Valencia, 243

¿NO VE UD. BIEN?  
Compre sus gafas en  
OPTICA CLARAMUNT  
PINO, 6  
Gafas perfectas y económicas

## Mont's

BOUTIQUE

Liquidación de modelos por fin de temporada

BALMES, 221